

# Marzo: Economía y empresa

*Cristina sonrió a su último cliente: «Hola, señora Martina, ¿Cuántos tamales desea hoy?» Desde hacía algunos meses Cristina apenas podía subsistir vendiendo tamales. Siempre se aseguraba que sus hijos tuvieran algo de comida, pero algunos días tenía que escoger entre comer o comprar provisiones para vender el día siguiente. El banco había rehusado concederle el préstamo que había solicitado, ya que su negocio era muy modesto y carecía de aval. Pero una agencia cristiana de socorro le concedió un préstamo que, unido a su duro trabajo, elevó su promedio de ganancias semanales de 10 a 27 dólares, con lo que pudo ahorrar un poco de dinero. Sintió satisfacción el día que pudo devolver el préstamo. Por primera vez, Cristina tuvo esperanza por el futuro de sus hijos.*



## Dos cuestiones serias

Las Escrituras afirman coherentemente el valor que Dios concede a la vida humana. Aunque algunas amenazas a la vida sean obvias —el aborto y el genocidio, por ejemplo— otros modelos aparentemente menos sociales tampoco tienen en cuenta la identidad y el propósito de las personas creadas a imagen de Dios.

El mundo de la empresa proporciona a hombres y mujeres una gran oportunidad de usar los dones que han recibido de Dios para innovar, crear, atender a las necesidades de la comunidad, proveer para sí y sus familias y practicar la piedad en virtudes como la mayordomía y la justicia. La tergiversación del propósito de Dios para la empresa acarrea consecuencias trágicas. Las cosmovisiones que generan corrupción y materialismo, que anteponen los beneficios a la integridad y engendran desesperanza impiden el crecimiento y el progreso, atrapan a la gente en la pobreza y apartan a las sociedades del plan que Dios quiso para nuestra mayordomía creativa y moral.

Como creyentes, tenemos el privilegio de colaborar con Dios en esta influyente esfera que Él quiere redimir para su buen propósito. Ya sea que seamos llamados a ejercer una vocación empresarial o a usar nuestra influencia participando en las economías locales y globales,

todos tenemos la oportunidad de manifestar el reino de Dios en esta esfera de gran alcance. Como escribe Darrow Miller: «Para ser ciudadanos productivos del reino de Dios, hemos de dar una respuesta honesta a dos serias cuestiones: ¿Cómo vamos a obtener nuestra riqueza? Y ¿cómo vamos a usar nuestra riqueza?... En la economía divina, la obtención de riqueza debe tener lugar dentro del marco de la mayordomía de la creación, y el uso de la riqueza debe tener lugar dentro del marco de la necesidad de atender a la comunidad más amplia».<sup>1</sup>

Los cristianos que se plantean estas cuestiones se enfrentan a algunas realidades difíciles. Por ejemplo, los occidentales somos conscientes de que podemos adquirir una variedad de productos baratos a costa de trabajadores de otros países que reciben salarios insuficientes y están sujetos a una vida y ambiente de trabajo inseguros. Sabemos que muchos de esos trabajadores se alegran de tener un empleo, pero también sabemos que muchos sufren injustamente. A la luz de estas situaciones complejas, ¿qué vamos hacer nosotros como ciudadanos productivos del reino de Dios? ¿Qué hacemos si descubrimos que los tomates que compramos pueden haber sido recogidos por familias mexicanas indígenas que han enfermado, o tal vez muerto, a causa de los pesticidas?

# Ciudadanos empresarios del reino de Dios

¿Qué decir de nuestra propia comunidad? ¿Es nuestro negocio y trabajo excelente y justo? ¿Honramos el modelo divino de trabajo y descanso? ¿Invertimos en otros, ayudándoles a desarrollar el potencial que Dios les ha dado? ¿O nos hemos adaptado a una cultura apartada de la verdadera vida en el reino de Dios, reduciendo la vida al consumo y el valor humano a las posesiones? Quizá, afligidos por la injusticia, nos hemos ido al otro extremo al creer la mentira de que el dinero y la economía son perversas de por sí, por lo que hemos procurado no participar en ellos.

La ética de estas cuestiones es importante para los cristianos. La buena noticia es que observando los principios que reflejan la verdadera naturaleza de Dios y su creación, cada uno de nosotros puede marcar una diferencia.

## Té o azúcar

La preocupación de los creyentes contemporáneos por producir y comprar conscientemente tiene su origen en una campaña cristiana librada hace siglos. A finales del siglo XVIII, William Wilberforce, movido por sus convicciones cristianas, exhortó a los británicos a dejar de consumir el azúcar producido por los esclavos. El boicot resultante condujo a muchos británicos a tomar té sin azúcar y a muchos tenderos a comprar y etiquetar el azúcar adquirido en la India, donde no se explotaban esclavos para producirlo. Este pequeño cambio en la práctica supuso un firme paso adelante hacia la definitiva abolición de la esclavitud.

Hoy es posible asumir una actitud similar. Podemos acostumbrarnos y acostumbrar a otros a obtener información para adquirir artículos que se ajusten a prácticas económicas éticas. Algunos también ocupan cargos relevantes para influir en los campesinos, fabricantes y gobiernos.

## Portadores de la imagen de Dios

Como cristianos, podemos invertir toda la influencia que ejerzamos para notar que la esfera de la economía no es enemiga de una vida honesta ni de la justicia, sino más bien, como Dios deseó, un medio para ayudarnos a todos a cumplir nuestro destino como personas creadas a imagen de Dios.

Los micro-créditos son un instrumento ideal por medio del cual Dios actúa para ayudar a los pobres de manera que se reconozca su identidad. Muchas agencias cristianas de socorro ofrecen actualmente planes que ayudan a la gente, en países en desarrollo, a recibir pequeños préstamos para ampliar o expandir un

negocio. Los micro-créditos se devuelven en el plazo previsto el 95 por ciento de las veces y son útiles para ampliar una variada gama de negocios y desarrollar en el proceso miles de aldeas.

El empresario australiano David Bussau es co-fundador de Oportunidad Internacional, una organización que proporciona pequeños préstamos a micro-empresas de 27 países. Comenzando con un puestito de perros calientes a los 15 años, Bussau dio pronto muestras de su aptitud para los negocios. A los 35 años se retiró de una empresa de construcción multimillonaria y volcó sus dones para servir a una organización que combate la pobreza desde la raíz.

Bussau, como cristiano, se propuso la meta de administrar recursos para beneficiar a otros. Él entiende la creación de riqueza como un aspecto crítico de la mayordomía. Con el desarrollo del micro-crédito, él y otros empresarios están desafiando el modelo de desarrollo convencional de redistribución de la riqueza y creando riqueza de manera responsable. Dice Bussau: «Todos nosotros tenemos capacidad de ser increíblemente productivos. Los que se dan cuenta de ello son los que producen cambios en el mundo. Para mí el reto consiste en descubrir formas de desatar ese increíble potencial en los seres humanos, hacer posible esa fuerza creativa e impulsarla con vigor».<sup>2</sup>

Las personas que reciben un llamado a la empresa tienen la oportunidad de colaborar con Dios en una obra que encierra un gran potencial para hacer el bien: trabajan en una esfera que proporciona espacio para que muchos otros creen y trabajen como nuestro Dios crea y trabaja. Esto no es más que el principio. Cualquiera de nosotros que examine la forma en que adquiere y usa su riqueza puede producir un impacto similar.

## ORE:

- Que todas las personas conozcan a Dios como su Proveedor —el Creador, Redentor y Sustentador de toda vida.
- Que los gobiernos actúen en justicia de modo que sus ciudadanos tengan la oportunidad de prosperar libres de la corrupción del gobierno y del abuso de negocios no-éticos.
- Que Dios estimule a los empresarios en sus llamados y les conceda visión para realizar su trabajo.
- Que Dios le muestre concretamente la manera de vivir como un ciudadano productivo de su reino.